

cicio cotidiano de la meditación. Ahora, medita durante la noche sobre la *Imitación de Jesucristo* y sobre la *Vedanta*. Gusta de discutir sobre filosofía. Este «demonio» de argumentar, criticar, «discriminar», le valdrá más tarde su nombre de *Vivekananda*. Busca la armonía de la belleza helénica y del pensamiento indó-germánico. Pero este hombre universal, según los cánones de Leonardo y de Alberti, agrega a su imperio espiritual sobre la vida, la corona del alma religiosa. Una absoluta pureza. Este bello cefeo, libre y apasionado, a quien se ofrecen todos los bienes de la vida y de la voluptuosidad, se impone una rigurosa castidad. Sin estar ligado a ninguna secta, antes de haber confesado *credo* alguno, tiene ya ese sentimiento (del cual he expuesto más arriba la razón profunda) de que la pureza del alma y del cuerpo es una fuerza espiritual, cuyo fuego penetra toda la vida, y de que, si se extingue, el fuego se apaga. Así tiene consciencia ya de sus grandes destinos, y sin saber aún en que dirección le arrastrarán, él quiere ser digno de realizarlos.

Esta multiplicidad de dones y de pasiones le expone a vivir, durante bastantes años, en un torbellino de espíritu, antes de que esté fijada su personalidad. Entre los diecisiete y veintiún años (1880, fin de 1848), atraviesa una serie de crisis intelectuales, que van exasperándose hasta la brusca culminación religiosa que les pone fin.

Acababa de ser convulsionado por la lectura de los *Ensayos sobre la Religión*, de Stuart Mill; su primer teísmo optimista de superficie, recogido en los círculos *brahmosamajistas* a la moda, se había desvanecido. Y el rostro del Mal en la Naturaleza se le reveló. Y se puso en guardia. Pero él no pudo impedir la entrada a la antigua Melancolía (en el sentido de Durero) y al Hastío desencantado. En vano ensayó de volver a las teorías de Herbert Spencer, a quien escribió<sup>(1)</sup>. Fue a pedir consejo a su primogénito de clase, en la Universidad, Brajendra Nath Seal<sup>(2)</sup>. Le confió su escepticismo, y le rogó que fuese su guía en la investigación de la verdad. Fue a Seal a quien debió la lectura de Shelley y el haber bañado su espíritu ardiente en las ondas aéreas de aquel pan-

(1) Spencer fue sorprendido, según parece, de sus audaces críticas, y admiró la precocidad de su inteligencia filosófica. Según Saradananda, Naren prosiguió sus estudios de las filosofías de Occidente, entre su primer examen de 1881 y el de 1884, correspondiente a nuestra licencia. Entonces habría leído a Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer, Augusto Conte y Darwin. Pero no me parece dudoso que lo hiciera superficialmente y mucho más en tratados generales que sobre las obras directas. También siguió cursos de medicina, de fisiología del cerebro y del sistema nervioso. «El método analítico y científico de Occidente le había conquistado, y quería aplicarlo al estudio de las ideas religiosas de la India.» (Saradananda).

(2) Este gran intelectual, actualmente vice-canciller de la Universidad de Mysore y uno de los espíritus filosóficos más sólidos y más eruditos de la India, ha contado sus recuerdos del joven Vivekananda, en un artículo escrito para el *Prabhudda Bharata* de 1907 y reproducido en la *Vida de Vivekananda*, t. I, p. 172-177. Si él era, en el colegio, cursante superior a Vivekananda, éste era mayor que él por la edad.

teísmo poético<sup>(1)</sup>. Luego, su joven Mentor quiso incorporarlo al servicio del Dios Razón—del Parabrahman—que había levantado para sí mismo. El racionalismo de Brajendra era de una especie particular: pretendía fundar, conjuntamente, el puro monismo de la *Vedanta*, la dialéctica de la Idea Absoluta de Hegel y el Evangelio de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Para él, el principio de individuación era el mal. La Razón universal era el bien. Se trataba, pues, de manifestar la pura razón: era el gran problema moderno, y Brajendra pensaba resolverlo por la Revolución. Este racionalismo revolucionario e imperial podía satisfacer ciertos aspectos de la naturaleza dominatriz de Narenda. Pero su torrencial personalidad no podía encerrarse. Su inteligencia quería aceptar—o imponer—la soberanía de la razón universal y fundar la moral sobre una imperiosa negación del individualismo, pero su vida no lo consentía en modo alguno. Estaba hambrienta de la belleza del mundo y de sus pasiones.

Pretender reducirla era condenar a un leoncillo al vegetarianismo. Su malestar y sus tormentos redoblaron. Era una irrisión ofrecerle por único alimento esta razón inmanente, ese dios exangüe. Le faltaba, como buen hindúe para quien la vida es el primer atributo, si no la esencia misma de la Verdad, la revelación viviente, el Absoluto realizado, el Dios hecho hombre, un santo gurú, que pudiera decirle: «Yo lo he visto, yo lo he tocado, yo lo he sido...» Y mientras tanto su inteligencia, nutría de Europa, su espíritu crítico heredado de su padre, repugnaba de esta aspiración del corazón y de los sentidos (ya se le verá, por la violencia de sus primeras reacciones contra Ramakrishna).

Él fue, como todos los jóvenes intelectuales de su tiempo, en Bengala, atraído por la luz pura de Keshab Chunder Sen. Esta luz estaba aun en todo su brillo, y Narenda la envidió: hubiera querido ser Keshab. Era muy natural que simpatizara con su nueva orden. Y entró en ella. Su nombre fue registrado en la lista de los miembros del nuevo *Brahmosamaj*<sup>(2)</sup>. La *Ramakrishna Mission* ha pretendido, más tarde, que no podía estar enteramente de acuerdo con el espíritu de reformas categóricas de este *Samaj*, que atacaba de frente todos los prejuicios, aun los más respetables, del hinduismo ortodoxo. Yo creo lo contrario. El carácter entero, sin transacciones, del joven Narenda, se gozaba en romperlo todo; no era hombre para reprochar, entonces, a sus nuevos compañeros su iconoclastia. Más tarde solamente—y en gran parte bajo la influencia de Ramakrishna—debía concebir y profesar respeto, aun de las creencias y de los hábitos antiguos, cuando se refe-

(1) También gustaba de Wordsworth y de todos los poetas ingleses, de quienes se sienten más próximos los poetas del Extremo Oriente.

(2) Su nombre quedó en las listas, aun largo tiempo después de haberse convertido en Swami Vivekananda. Y dijo a sus discípulos que no lo había retirado nunca. Cuando, más tarde, se le preguntaba: «Atacáis la Brahmosamaj?», respondía: «De ninguna manera». Consideraba esta asociación como una alta casta del hinduismo. (*Vida de Viv.*, t. I, cap. 33, dedicado al Brahmosam.)

rían a un extenso conjunto de tradiciones profundamente asimiladas a la substancia de la nación<sup>(1)</sup>. Pero yo estoy convencido de que él no llegó a esto sin esfuerzo; y es lo que revela su primer movimiento de desconfianza intelectual, a juicio de Ramakrishna. Por el momento se había unido a un movimiento de jóvenes *Brahmos* de Bengala que querían la unidad de las grandes masas de la India, sin distinción de castas, de razas y de creencias. Algunos de entre ellos eran más ásperos que otros en sus ataques contra el hinduismo ortodoxo que los misioneros cristianos. Pero resultaba fatal que la inteligencia libre y viviente de Narenda sorprendiera muy pronto la estrechez incomprensiva de aquellas críticas no carentes de fanatismo a la inversa, y que fuera herido en su espíritu no menos que en su orgullo nacional. El no podía subscribir la abdicación a la sabiduría de la India delante del saber, mal digerido, del Occidente. Sin embargo, continuaba asistiendo a las reuniones del *Brahmosamaj*; pero su corazón no estaba satisfecho.

Se imponía entonces una vida de trabajo ascético, en un cuarto oscuro y húmedo, echado sobre el piso en un cobertor, entre libros desparramados, el té hirviendo en el suelo, leyendo y meditando día y noche; tenía la cabeza atravesada de agudos dolores. No llegaba a hacer la paz entre las pasiones contradictorias de su naturaleza. Sus combates se prolongaban en las agitaciones del sueño...

«—Desde mi juventud—cuenta—cada noche, en el momento de dormirse, dos sueños tomaban forma. En el uno, me veía entre los grandes del mundo, poseedor de riquezas, honores, de poder y de gloria; y yo sentía que el poder de alcanzarlos estaba en mí. Pero un instante después, me veía renunciando a todas las cosas de la tierra, vestido de un simple paño, viviendo de limosnas, durmiendo al pie de un árbol, y pensaba que era capaz de vivir así, semejante a los antiguos *rishis*. De estos dos cuadros, en que el segundo se superponía, yo soñaba que solamente por esta vía, lograría alcanzar la suprema felicidad... Y me dormía gustando de antemano aquella felicidad... Pero todas las noches aquello se renovaba...»<sup>(2)</sup>.

Tal era a la hora en que iba a encontrar el Maestro que debía fijar su vida. En la gran ciudad, donde Ja India y la Europa se mezclaban, había hecho el recorrido de las grandes individualidades religiosas; y de él había vuelto decaído. Buscaba vanamente, ensayaba, rechazaba. Y erraba...

Tradujo Rafael Cardona

(Seguirá en la entrega próxima.)

(1) En la madurez de su pensamiento, insistía a menudo sobre que su Mensaje propio no era una negación, sino el cumplimiento del verdadero sentir indó. Era partidario de reformas radicales; pero estimaba que deberían ser efectuadas por métodos conservadores. (*V. de Viv.*). Son las palabras casi textuales de Keshab: «Predicar el conservatismo hindú, con un espíritu liberal.» (*Indian Empire*, 1894.)

(2) Extractos del último volumen de la biografía de Ramakrishna (*Dyuta Bhava*) por Saradananda, cap. III, publicados por la revista *Prabhudda Bharata*.